



EUROPA O EL CAOS

Jacques DELORS

En el momento en que escribo Yugoslavia está desgarrada. Dos años después de la «primavera de los pueblos» que ha reavivado en Europa central y oriental el recuerdo de 1849, podemos medir mejor el poder del *big bang* geopolítico que ha agitado al mundo al acabar la última década. Ha derrumbado el Muro, pero también ha roto muchos de los equilibrios creados en la posguerra; ha alterado el orden político de Yalta y liberado una increíble energía que está muy lejos de haberse agotado. Su onda expansiva continúa extendiéndose y es oportuno aclarar que, aunque estemos entrando en una nueva fase de la historia, ésta no será seguramente el «final de la historia» del que habla Francis Fukuyama. Al contrario, nunca hemos sentido con tanta fuerza su presencia.

El hecho es que detrás de la inmensa esperanza nacida con la disolución del comunismo se perfilan graves problemas. Nada está predeterminado: el fin del comunismo no equivale al triunfo definitivo del liberalismo de cuño occidental,

en la medida en que ello significaría subestimar el papel que tienen en la historia regresiones y procesos lentos; el fin de la ideología no significa —afortunadamente— el advenimiento de una era de preocupaciones materiales y de disputas sin heroísmo, como

Moscú y Washington vuelven a la defensa de los intereses nacionales no subordinados ya al enfrentamiento de dos concepciones de la vida social.

se ven a cada momento. En este sentido, quisiera apoyarme en una frase de Pierre Hassner: «No sé si la historia tiene fin, pero estoy seguro de que no debe tenerlo nuestra vigilancia». Vigilancia en cuanto estamos entrando en una dinámica nueva, que debemos tratar de orientar en favor de nuestro bien común.

Un esquema de lectura más complejo

La primera comprobación que cualquiera de nosotros puede hacer es que, al orden internacional dejado en herencia por la Segunda Guerra Mundial y trastornado en 1989-1990, le sucede un sistema más libre, más diversificado, más flexible o, según dirían algunos, más inestable.

Se basa en primer lugar, en todo caso, si no en el fin de la polarización Este-Oeste, en la menor presión que tal bipolaridad ejerce en el resto del mundo. Aunque inaceptable por sus víctimas demasiado numerosas, el orden anterior tenía la ventaja de la simplicidad y aseguraba, con el equilibrio creado por el terror nuclear, cierta estabilidad de conjunto. En especial, quedaba sobrentendido que Moscú y Washington tenían la función de ejercer una influencia moderadora cuando los conflictos locales amenazaban con provocar un enfrentamiento directo entre las dos superpotencias. Por otra parte, la necesidad consciente de cada «área» o «bloque» de salvaguardar su propia cohesión encauzaba —y en algunos casos reprimía— las diferencias de intereses

o de objetivos en el seno de las diferentes áreas. Resultaba de ello un esquema de lectura del mundo relativamente sencillo, hasta el punto de que en algunos editoriales se deja vislumbrar a veces cierta nostalgia por la guerra fría, nostalgia que de algún modo recuerda, para usar una expresión de Stanley Hoffmann, «el sentimiento romántico de la era del sacrificio, de la disciplina y de la vida comunitaria».

Sin embargo, ¿cómo no alegrarse por el fin de la guerra fría, que más que en una guerra se había transformado en un modo de pensar y, por qué no, hasta en un modo de vivir? Recientemente, sobre todo, se ha observado la neutralidad de las dos superpotencias con respecto a conflictos que se insertaban en gran medida en una lógica Este-Oeste: se trate de Centroamérica, de Suráfrica, del Cuerno de África, y esperamos que también del actual Oriente Medio, Moscú y Washington vuelven a la defensa de intereses nacionales no subordinados ya al enfrentamiento de dos concepciones de la vida social. Las dos potencias descubren incluso un interés común en la eliminación de los puntos de fricción más graves, como ha ocurrido por ejemplo en Namibia, y, dada la ocasión, recuerdan los méritos de las Naciones Unidas que, finalmente, podrían encaminarse hacia un período feliz después de las esperanzas frustradas de la inmediata posguerra. La solución de los múltiples problemas de Oriente Medio será, por otra parte, una prueba importante para valorar la renovación de la organización internacional y su capacidad de hacer que se respeten en el mundo las reglas elementales de la convivencia.

Queda pendiente el hecho de que, si nos colocamos estrictamente en el plano del análisis, la geopolítica de los años 90 será mucho más compleja que la de los últimos 40 años, dependiente en gran medida de una única apuesta y, en definitiva, poseedora de

una lógica muy rudimentaria; basta que uno de los adversarios se debilite, que no sea ya visto como enemigo, que incluso en algunos casos sea considerado como un aliado, y el mapa del mundo ya no resultará tan fácilmente descifrable.

Una mayor difusión del poder

Aunque es una consideración trivial, conviene tener en cuenta que el mundo de hoy, en realidad, es multipolar. Está constituido por grandes potencias y por potencias regionales, cuya jerarquía es cada vez más mutable —y éste es el punto importante— en función de los problemas y de los lugares.

Naturalmente, los Estados Unidos continúan representando una categoría aparte, dada la amplitud y la diversificación de las bases de su influencia. Pero también hay que reconocer que ya no poseen la capacidad exclusiva de influir en los asuntos mundiales, capacidad que durante mucho tiempo constituyó el sello de la superpotencia, aunque por el momento, a juzgar al menos por la fase posbélica en Oriente Medio y por las relaciones con la URSS, la capacidad política norteamericana es impresionante. Pero hará cada vez más falta enfrentarse con los aspectos económicos y financieros, un sector en que la situación norteamericana está menos definida. Me refiero, claro está, a la potencia creciente de Japón y de algunos de sus vecinos. También en este caso conviene decir cosas que parecen obvias, pero en cuya obviedad se oculta una ambigüedad mayor que la que se revela a primera vista. En realidad, más que hablar de potencia, ¿no habría que hablar tal vez en este caso, para ser más precisos, de riqueza?

Si al hablar de potencia entendemos la capacidad, y sobre todo la voluntad, de asumir responsabilidades de gran peso, difíciles, con dimensión extrarregional, el aco-

Hay que reconocer que Estados Unidos ya no posee la capacidad exclusiva de influir en los asuntos mundiales.

plamiento riqueza-potencia no es, pues, automático, si bien existen grandes posibilidades de que en determinado momento se concrete tal acoplamiento. Volveré más adelante sobre este aspecto a propósito de las responsabilidades de la Comunidad Europea. De cualquier modo, éste es otro de los motivos que explica hasta qué punto nuestra comprensión de las relaciones de fuerza en el mundo actual es más confusa de lo que era antes.

La ecuación Norte-Sur

Por fin, como último ejemplo de la necesidad en la que nos encontramos de aclarar nuestra visión del mundo, la ecuación Norte-Sur. El conflicto Este-Oeste se enunciaba en términos relativamente sencillos, en cuanto existía una irreductibilidad entre dos sistemas rivales de valores, que se presentaban como compartimentos estancos. Por el contrario, las relaciones Norte-Sur se basan en la circulación de los hombres y el intercambio —no paritario— de los productos.

Pero dado que la guerra fría ya no constituye la *ultima ratio* de las contradicciones de la vida internacional, nos encontramos con la dificultad de jerarquizar nuestras prioridades: ¿qué actitud adoptar en relación con un país que suscribe los principios democráticos aun desangrándose para dotarse de armas nucleares? ¿Qué actitud adoptar con respecto a un país valerosamente lanzado a un proceso de democrati-

Los conflictos propios del Sur corren el riesgo de multiplicarse gracias a la desaparición del orden surgido del viejo sistema bipolar.

zación, pero cuyos miembros extraen considerables ventajas del narcotráfico? ¿Qué hacer con un aliado estable en una zona siempre sujeta a oscilaciones, cuando tal estabilidad se basa precisamente en la ausencia de democracia?

Muchas interrogantes, y otras tantas incertidumbres. Pero aprendamos a no sustraernos a nuestras dudas y evitemos las posiciones demasiado rotundas: en el futuro nos veremos intentando resolver situaciones menos claras, más conflictivas. También deberemos afrontar riesgos más graves.

Riesgos más graves y más dispersos

Alain Minc, en *La Vengeance des Nations* («La venganza de las naciones»), dice algo interesante: «La posguerra significaba una amenaza y escasos riesgos; la posguerra implica, en cambio, los riesgos sin la amenaza». Pero, ¿cuáles son estos riesgos? Liberados de la tutela de los bloques, algunos países se sienten con las manos libres para regular viejas controversias o atizar nuevas disputas con sus vecinos. Los conflictos propios del Sur corren el riesgo de multiplicarse gracias a la desaparición del orden surgido del viejo sistema bipolar. La guerra Irán-Irak ha representado un sangriento antecedente de este tipo de enfrentamientos; el Golfo ha sido teatro del primer gran conflicto de la posguerra fría.

La diseminación de las armas de destrucción masivas aumenta las posibilidades

de algunos conflictos locales. Como bien sabemos, el fin de la guerra fría no significa el retorno a la era prenuclear. El gran peligro —es necesario decirlo muy claramente— surge del hecho de que la llamada «cultura de la disuasión», ampliamente asimilada por Estados Unidos y la Unión Soviética, no ha sido compartida de manera uniforme. Las armas nucleares, así como las armas químicas, son para algunos países armas utilizables y, desgraciadamente, hay ejemplos de dicha utilización. La conclusión de tales conflictos locales podría ser aterradora, lo que vuelve más acuciante la necesidad de progresos tangibles en el campo de la no-prolifерación. Ya no se puede hablar de conflictos «periféricos», de zonas de enfrentamiento de «débil intensidad»: ello equivale a taparse los ojos y negarse a asumir las propias responsabilidades.

Otro riesgo, sin duda el más insidioso, en relación con el cual Occidente se ha revelado por el momento impotente, surge del avance de las ideologías del rechazo, basadas en el resentimiento, el miedo, el odio. El lento declive de las religiones seculares, en efecto, se ha visto acompañado por una vuelta al primer plano de las religiones trascendentes, pero a menudo en sus formas más excesivas, como lo prueba la agresiva recuperación del fundamentalismo religioso en la vida pública. Estas ideologías del rechazo se nutren de las injusticias sociales, independientemente del hecho de que se trate de Oriente Medio, de Africa o de las repúblicas de la Unión Soviética. Se nutren también, en mi opinión —y sé que no todos estarán de acuerdo—, del excesivo materialismo que distingue a las sociedades occidentales.

El resurgimiento de reivindicaciones de carácter étnico

Se habla mucho en este momento del «resurgimiento de la nación». El fenómeno en sí no tiene nada de inquietante sino más

bien bastante de positivo, sobre todo en el caso de naciones oprimidas durante mucho tiempo. Pero hay que analizar atentamente qué se entiende bajo este término: en algunos casos, asistimos en realidad a la reaparición de reivindicaciones de tipo étnico, si no tribal. Una especie de Ley de Gresham parece regular este fenómeno: las ideologías «débiles», centradas en el juego de las afinidades culturales e históricas, excluyen la ideología fuerte de la rivalidad Este-Oeste. No sirve de nada dar ejemplos ni subrayar sus peligros. Sin duda, no hay por qué condenar reivindicaciones que son también un modo de afirmar un derecho a la diferencia: en efecto, éstas pueden ser compatibles con un proyecto más vasto de integración. Pero por el momento vemos demasiado a menudo que el horizonte de tales reivindicaciones consiste en una irreductible heterogeneidad de las comunidades, contraria a cualquier coincidencia en torno a un proyecto común entre pueblos que, incluso, han vivido juntos durante mucho tiempo.

Profundización del abismo Norte-Sur

Entre todos estos peligros puede crearse una convergencia que determine una auténtica fractura entre Norte y Sur. La presión demográfica del Sur y el abismo económico entre los dos hemisferios se van acentuando cada vez más. El Norte parece confirmar su propia y relativa autosuficiencia, mientras que el Sur se vuelve económicamente marginal. Mientras que los países industrializados del Norte se insertan cada vez más en conjuntos económicos zonales, caracterizados por fuertes economías de escala, estos conjuntos en el Sur están dando todavía los primeros pasos. Los dos beneficios mayores de que disfrutaba el Sur —la mano de obra barata y las materias primas— ya no son triunfos, con excepción, naturalmente, de los países exportadores de petróleo.

El lento declive de las religiones seculares se ha visto acompañado por una vuelta al primer plano de las religiones trascendentales.

El cuadro que hemos trazado rápidamente puede parecer demasiado pesimista, sobre todo si se piensa en la extraordinaria liberación de los pueblos de Europa central y el renacimiento de la democracia en tantos Estados del Sur, al que hemos asistido en los dos últimos años. Este pesimismo no es sólo un estado de ánimo; mi seguridad, la única que tengo, es que nos estamos encaminando hacia un futuro incierto y aleatorio.

Todos sabemos perfectamente que la historia está poniendo en movimiento una nueva dinámica; debemos intentar dominar este movimiento, orientarlo hacia nuestro bien común.

La aportación de la Comunidad Europea

Frente a estos riesgos, en el nuevo marco representado por la posguerra fría, ¿cómo se sitúa la Comunidad Europea, cuál es el sentido de su acción?

He hecho alusión a la diferencia, no exclusivamente semántica, entre riqueza y potencia. La Comunidad Europea es innegablemente rica: se la ve en el exterior como un gigante comercial —lo cual es cierto—, y como un nuevo gigante económico —lo que aún debe ser realizado. ¿Es por ello también una potencia política? La guerra del Golfo, como sabemos, ha demostrado los límites de influencia y de acción de la Comunidad. Algunos han visto en ella una afrenta a la dinámica europea, desde el mo-

La presión demográfica del Sur y el abismo económico entre los dos hemisferios se van acentuando cada vez más.

mento en que la Comunidad se ha mostrado impotente ante el estallido de las hostilidades, mientras que simultáneamente las primeras tareas de la conferencia intergubernativa sobre la unión política se dirigen a la definición de una política común de seguridad. Pero la guerra del Golfo ha tenido al mismo tiempo una función de estímulo, revelando hasta qué punto el proyecto europeo se enfrentaba a una encrucijada decisiva: la opción entre ser una entidad con vocación sobre todo económica, con el espacio y, de alguna manera, la historia artificialmente confinada a las dimensiones del Viejo Continente, o ser, por el contrario, una potencia global que asume responsabilidades en el plano mundial.

Desde hace unos dos años y medio, los Estados miembros de la Comunidad dan prueba, implícitamente, de tener intereses en común y de reconocer que la defensa y la promoción de tales intereses está garantizada sobre todo por una acción unitaria. El giro histórico en esta dirección estuvo probablemente constituido por la decisión de confiar a la Comisión Europea la coordinación de las intervenciones del grupo de los 24 países industrializados que participan con sus ayudas en favor de los países de Europa central y oriental. La Comunidad Europea contribuye con casi las tres cuartas partes al fondo de casi 30 mil millones de ecus, puestos a disposición de los países del G24. Otro ejemplo de la presencia activa de la Comunidad: actualmente garantiza el 80% de la asistencia técnica proporcionada a la Unión Soviética.

Para permitir a los países de Europa central y oriental sentirse ya desde ahora miembros de la familia europea, aunque no se den todavía las condiciones de su adhesión a la Comunidad, se han iniciado con los países más comprometidos en las reformas negociaciones que van más allá de los tradicionales acuerdos asociativos. Su significado es doble: apoyar a estos países en la difícil y lenta transformación hacia una economía de mercado e incorporarlos de modo definitivo a la Europa pluralista y democrática. Esta es la dimensión política y cultural de estos acuerdos de nuevo cuño.

Si se añade que deberemos firmar muy pronto con nuestros vecinos de la EFTA un acuerdo sobre lo que llamamos el espacio económico común —para resumir: los países de la EFTA se sirven del mercado ampliado pero en general respetan sus límites—, se ve cómo la Comunidad Europea se convierte en la piedra angular de la nueva arquitectura del continente europeo.

Se trata de responsabilidades ejercidas por la Comunidad también en su propia vertiente sur. La crisis del Golfo, en efecto, ha recordado a todos los que lo hubiesen olvidado lo vital que es para Europa la puerta del Mediterráneo, del Magreb a Oriente Medio. La Comunidad Europea posee una larga experiencia de acuerdos y cooperación con estos países. Recientemente se ha comprometido a lograr una renovación de tales acuerdos, basada en el apoyo de las reformas económicas, la protección del medio ambiente, el desarrollo de la industria y, sobre todo, la introducción de una dimensión regional necesaria para favorecer la cooperación entre estos países. Los medios que se les adjudicarán para el período 1992-1996 corresponden, por otra parte, a una triplicación del anterior compromiso.

La Comunidad ofrece a los países de la cuenca del Mediterráneo el apoyo de un

gran mercado abierto, cooperación técnica y ayuda financiera; pero no representa solamente un respaldo económico. Tiene un papel político que cumplir en la región y, en este sentido, está muy dispuesta a reforzar los propios y ya antiguos vínculos con los países del Magreb; en Oriente Medio se inclina a ayudar a los países interesados en crear entre sí un espacio políticamente estable y de desarrollo económico equilibrado.

Iguales objetivos sustentan también la acción que conduce la Comunidad en favor del conjunto de los países en vías de desarrollo. La Convención de Lomé, que la liga a los países de Africa, del Caribe y del Pacífico, es la única estructura en la cual se ha visto aumentar la ayuda pública destinada al desarrollo.

En los próximos cinco años se dedicarán 12 mil millones de ecus a la cooperación con estos países; además, la Comunidad es el primer contribuyente mundial en ayuda alimentaria y se está convirtiendo en uno de los líderes de la acción humanitaria. Finalmente, se han adquirido compromisos con los países de Centro y Suramérica, así como con los países de Asia, teniendo como prioridad el apoyo al desarrollo agrícola y a la integración regional.

¿Significa esto tal vez que estamos satisfechos? Desde luego que no; sabemos bien que el problema Norte-Sur permanece y que Africa, en especial, sigue siendo el continente olvidado por el desarrollo. Sabemos también que si la ayuda del exterior es indispensable, ésta sólo puede complementar los esfuerzos autónomos de los gobiernos. En este sentido, las experiencias están demostrando actualmente que el surgimiento y el reforzamiento de la democracia en estos países constituyen una condición esencial del éxito.

La responsabilidad del desarrollo y de la alineación económica es una responsabi-

Hace falta instaurar una coherencia profunda entre política exterior, relaciones económicas y políticas de ayuda y cooperación.

lidad compartida; a nosotros nos corresponde especialmente concentrarnos en la apertura de los mercados comerciales y en la búsqueda de una mayor estabilidad en el sistema monetario internacional.

Ir más allá

Haciéndolo así, la Comunidad Europea responde a las llamadas cada vez más numerosas que recibe del exterior. Un peso creciente recae sobre sus espaldas —pienso en especial en la ayuda a los países de Europa central y oriental—, en cuanto nuestros aliados, sobre todo Estados Unidos y Canadá, se quedan demasiado fuera de la participación en las responsabilidades económicas y financieras. Otro ejemplo significativo: en Yugoslavia, cuando se intentó poner por primera vez en acción el mecanismo de prevención de conflictos inserto en el marco de la CSCE en noviembre pasado, los 35 miembros firmantes de la Carta de París confiaron a la Comunidad la función de aplicar su mandato para actuar en favor de la paz, del entendimiento y de la cooperación entre las seis repúblicas que abarca Yugoslavia. Se trata, en este caso, de una misión no sólo económica sino también política, que evidencia las ineludibles responsabilidades presentes y futuras de la Comunidad con respecto a la instauración de un orden de paz y de cooperación en la gran Europa.

Pero Europa no puede permitirse tantos esfuerzos ni justificarlos a los ojos de la

***Los países de la Comunidad
constituyen una referencia
indispensable para superar los
antagonismos que amenazan con
reproducirse en la gran Europa.***

opinión pública de los diferentes países miembros, si no es capaz de inscribirlos en un proyecto de conjunto. Para dar coherencia a la propia acción hace falta que ésta se apoye en una personalidad política real y que construya progresivamente una común política exterior y de seguridad. Sin esa personalidad política —y sin los medios para hacerse cargo de ella—, sin la conciencia de lo que ella es, de sus propios deberes y de sus propios límites, la Comunidad, en el transcurso de pocos años, se encontraría esencialmente reducida a los sectores económicos y monetarios, con el riesgo de estancarse, si no de estallar.

El derrumbe del comunismo y el resurgimiento de los nacionalismos han trastornado planes y plazos. Las conclusiones del Consejo Europeo de Luxemburgo en junio pasado han registrado en acta «la voluntad unánime de reforzar la identidad y el papel de la Unión como entidad política en la escena internacional, así como la tendencia a asegurar la coherencia de conjunto de sus acciones exteriores».

Lo que hoy cuenta no son las divergencias sobre los objetivos o sobre la rapidez del proceso: es saber si mañana, para responder a los requerimientos del exterior, seremos capaces de sustentar la acción coherente que los Estados miembros desean. Esto significa que a cambio de la actual división, artificial e incongruente, entre la economía y el sector de la cooperación política, hace falta instaurar un vínculo íntimo, una coherencia profunda entre po-

lítica exterior, relaciones económicas exteriores y políticas de ayuda y de cooperación.

Un nuevo modelo de organización política

Ricos por las enseñanzas del pasado, fuertes por las victorias ya conseguidas en el proceso de integración-cooperación, los doce países miembros de la Comunidad constituyen una referencia indispensable para superar los antagonismos que amenazan con reproducirse en la gran Europa. Tenemos un difícil y doloroso ejemplo de ello con Yugoslavia.

Por ello hace falta, sin caer jamás en el desaliento, buscar una solución a la crisis yugoslava. En efecto, ¿cómo no estar angustiados por este doble proceso de destrucción caótica y de absoluta descomposición? Conviene repetir que no es un hecho sorprendente que las referencias religiosas, culturales, étnicas se reactiven para dar mayor sostén a la afirmación de una identidad nacional. Del mismo modo, es de esperar, dada la escoria dejada en herencia por el comunismo, que las pasiones nacionalistas y las tentaciones populistas movilicen más fácilmente los juicios y las energías que la edificación de instituciones liberales que, a menudo, parecen difícilmente alcanzables.

Conciliar libertad y estabilidad es la verdadera apuesta de la «salida de Yalta»; en su discurso de clausura de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, realizada en París, el presidente Mitterrand había subrayado la necesidad, frente al derrumbe del orden anterior, de «inventar la síntesis entre orden y movimiento». Y hacía un resumen en dos frases muy polémicas: «Europa ha pagado un precio muy alto por comprender que no se juega impunemente con las fronteras. Pero

demasiadas comunidades han sufrido las fronteras como un hachazo». La Comunidad Europea, en sus intentos de mediación en la crisis yugoslava, se ha comprometido a fondo para evitar la guerra civil propugnando cuatro principios: derecho de los pueblos a la autodeterminación, respeto de la integridad territorial, respeto de los derechos humanos y de las minorías territoriales y, por fin, proceso de democratización. Alcanzar el equilibrio entre estos principios puede parecer tan difícil como la cuadratura del círculo. Sin embargo, no hay que perder la confianza sino seguir actuando sin tregua a favor de una solución inspirada en dos claros criterios:

a) la Federación Yugoslava, en su forma actual, ha cumplido su etapa y cualquier voluntad de mantenerla viva con la fuerza de las armas no haría más que agravar los antagonismos existentes entre las poblaciones del país;

b) pero igualmente, una separación radical entre estas últimas les plantearía en el futuro problemas semejantes a los planteados en el pasado por su forzada integración en la Federación Yugoslava. El futuro de los eslovenos, de los croatas, ¿puede consistir en microestados que cultiven celosamente una hipotética independencia? Pienso que no.

Entre el actual Estado federal y la lisa y llana desintegración existen múltiples soluciones: los yugoslavos deben encontrar un nuevo modo de vivir juntos, de cooperar entre sí. Es una responsabilidad suya, son ellos quienes deben decidir con plena soberanía. Pero, lo repito, la Comunidad puede ofrecer su propia contribución a través de lo que ya ha hecho hasta ahora, a través de los nuevos proyectos que se apresta a realizar y también a través de la cooperación y la ayuda que puede dar a los pueblos que componen Yugoslavia.

El edificio europeo está allí para recordar que la discordia entre los pueblos no es una fatalidad inevitable.

No se trata de una utopía. Quiero referirme a otra aportación de la Comunidad Europea que va más allá de la acción diplomática en el propio terreno: el de ofrecer la prueba tangible de que es posible superar las divergencias entre los pueblos, así como los odios que forman parte de la historia europea, que es posible construir una nueva forma de entidad política en la cual el Estado-nación no se anule sino que delegue a su interior (la región) y a su exterior (la Comunidad) algunos atributos de soberanía que ya no pueden estar concentrados en un único nivel.

La Comunidad Europea representa, en efecto, un nuevo espacio político, con soberanías que son, según los casos, limitadas, concurrentes o conjuntas: allí no se delinea un super Estado-nación que ha ensanchado sus límites —lo que significaría recrear un centro clásico de hegemonía—, sino una red principalmente diversificada de poderes y de derechos: los Estados miembros aceptan ser «superados» y sujetos a un derecho que es exterior a ellos, que —volviendo a Yugoslavia y retomando una expresión usada a menudo por los historiadores de la nación— no se basa en ninguna «violencia sublimada sobre base territorial», y que ofrece a los individuos, por fin, una defensa contra cualquier arbitrariedad y cualquier hegemonía. Los Estados miembros lo aceptan sólo porque saben que tal delegación de parte de su tradicional soberanía a una entidad nueva es la condición de la potencia —en el marco ya más compacto de la democracia.

En el momento en que surgen nuevamente alarmas ligadas a un retorno a un viejo sistema de relaciones internacionales, cuando las fronteras vuelven a ser «lugares de memoria», y reaparece la gravidez de las culturas locales y el peso de tradiciones políticas mantenidas ocultas durante 40 años, el edificio europeo —también él fruto de la historia— está allí para recordar que la discordia entre los pueblos no es una fatalidad inevitable y que el proyecto común puede conducir a grandes cosas, en el respeto de la libertad de cada uno.

Conclusión

¿Seremos dignos de las esperanzas depositadas en nosotros? ¿Seremos capaces de una visión amplia y de largo alcance? ¿Aceptaremos los sacrificios recíprocos que todo ello presupone? Una vez más, la Comunidad se encuentra frente a su propio destino. Será juzgada por la prueba de los hechos.

Por este motivo, la Comunidad debe avanzar más, no limitarse a observar lo que

ha hecho desde hace unos años hasta ahora, no regodearse en la autocomplacencia: Europa será política o no será nada, lo que ha de presuponer nuevas limitaciones, una ambición mayor que la actual. Es el único modo de estar a la altura de los desafíos lanzados por un mundo más inquieto y que espera mucho de ella.

Sin embargo, la crisis yugoslava sólo es un doloroso ejemplo de lo que mañana podría repetirse en otra parte. Estemos atentos para evitar esta nueva epidemia que, balcanizando un sector entero de Europa, lo transformaría en un foco permanente de pasiones nacionalistas o religiosas, a expensas de la libertad, de la paz y del bienestar.

La responsabilidad histórica de la Comunidad es consagrar enteramente su propia inteligencia y su propia generosidad a favorecer el nacimiento de una gran Europa basada en la recíproca comprensión y en la cooperación.

Traducción: Mario Merlino